

que tenía debajo del colchón; la abrió con mano temblorosa; tomó de ella algunas alhajas que le había regalado Clotilde y que besó con melancólica ternura; volvió a la sala luego, se dirigió a su esposo, y le dijo, entregándoselas todas:

—¡Ahí tienes cuanto constituía la fortuna de nuestras hijas!... ¡Siento que las vayas a jugar, pero no te culparé si las pierdes!... Sólo te suplico que si la suerte te es contraria, abandones esa senda que tantos y tan amargos desengaños te ha proporcionado, para que dediques a tus queridas hijas las horas que hasta hoy te ha robado el juego!...

—Te lo prometo—dijo Diego, tomando las alhajas—. Pero estoy seguro de que el éxito va a corresponder a mis esperanzas. Ahora voy a combinar detenidamente mi plan, para ganar.

Y, sacando un papel, se puso a trazar sobre él algunos números, combinando varias jugadas.

Elisa, al verle entretenido, se dirigió al lecho en que dormían sus hijas, exhaló un suspiro, cayó de rodillas junto a ellas, levantó los ojos bañados en lágrimas al cielo, y se puso a rezar por la felicidad de sus desgraciadas criaturas.

—¡Nada tengo que darles, Dios mío!...—exclamó, juntando sus manos en actitud ferviente—. ¡Tú que miras mi corazón y mis lágrimas..., tú que ves la honda y amarga aflicción de esta pobre madre..., ten compasión de mí!...

Y se quedó en profundo recogimiento.

Julia y Teresita sonreían dulcemente, acariciadas por uno de esos gratos sueños que mecen la edad de la inocencia.

Elisa fijó sus bellos ojos en aquellos dos ángeles que soñaban con las delicias de los bienaventurados, y se sintió conmovida de ternura.

Diego, dominado por su pasión al juego, y olvidado de cuanto le rodeaba, seguía combinando el plan para ganar al día siguiente.

Elisa volvió la cabeza al ruido que hacía con la pluma al trazar sobre el papel los números, exhaló un suspiro, volvió a mirar a sus dos inocentes hijas, y quedó orando a Dios por ellas y por la vuelta de su esposo al sendero de la virtud.

## CAPITULO IV

## Los dos artistas

—¿Cree usted que mi pobre amigo Rafael quedará contento con este retrato, madre mía?—decía un joven de hermosa presencia, que estaba pintando un retrato al óleo, a una anciana que se ocupaba en aquel instante en registrar todos los cajones y papeles del estudio del pintor, buscando alguna cosa.

—Sin duda ninguna, Leopoldo. No puede trasladarse al lienzo con más perfección la hermosura, la modestia, el candor y la expresión de la desventurada Luz.

—Sin embargo, a Rafael le debe parecer muerto, sin color y sin animación, como me parecen a mí todos los retratos que he hecho de mi inolvidable Clotilde. Pero se empeñó en que se ocupase mi pincel en esta obra, y no me pude negar a la súplica de un amigo desgraciado, que no tiene otro placer que el de pensar a todas horas en la mujer que adora, como no tengo yo, madre mía, otra felicidad que la de pensar en mi Clotilde.

—Y ese retrato le servirá de gran consuelo, como te sirven a ti los que ha trazado tu pincel, de la joven que amas.

—Sí; el sediento febricitante entretiene su abrasadora sed con trozos de hielo que le sirven cuando le niegan el agua que apetece; el desgraciado prisionero con ver desde las rejas de su prisión un rayo de luz y algunas ramas de los árboles que le recuerdan los limpios horizontes del mundo y las verdes praderas que ha recorrido; el infeliz amante, con la pálida semejanza del sér que adora. Son dulces ilusiones que alimentan la esperanza; esta esperanza que es la tierna compañera del hombre; la que le anima en su desgracia, la que le infunde aliento en los reveses, la que le presenta en el horizonte un punto de felicidad, una estrella, y cuya luz no se extingue sino después de haber descendido el hombre a la tumba; pero siempre en brazos, también, de la esperanza.

—Y ¿cuándo piensas enviarle ese retrato?

—Hoy mismo, porque es el día en que va a salir por vez primera a la calle, después de su peligrosa enfermedad.



—Muy bien.

—Quiero que en el mismo instante en que se dispone a correr la ciudad en busca de la mujer que adora, vea entrar por la puerta de su casa, su semejanza, como dulce presagio de ventura.

—Y te lo agradecerá mucho, hijo mío.

—Sólo espero al que llegue mi excelente amigo Núñez, para saber el resultado de la entrevista con don Emilio.

—¡Cómo! ¿Ha ido a ver al protector de Clotilde?

—Sí, madre mía; viéndome padecer, ha querido manifestarme mi inocencia, hacerle saber que existe un manuscrito donde se prueba la calumnia inventada contra mi desgraciado padre; la manera con que este cuaderno fué arrancado una noche de las manos de Inés, por un hombre que estaba protegido por el mismo malvado a quien debemos nuestra ruina y la atroz calumnia inventada por Duval, acusándome de haber dispuesto el rapto de Clotilde la noche que penetré al jardín.

—¡Oh!... Núñez es un excelente amigo.

—Sí, madre mía; es el mejor amigo que tengo.

—Y ¿crees tú que alcanzará algo de don Emilio?

—No, madre mía. ¡Es tan difícil persuadir a un hombre que está preocupado con una idea! Si ese cuaderno no hubiera desaparecido, aun podría hacérsele conocer la verdad; pero, ¿qué puede valer la voz de un hombre honrado, cuando se presenta sin pruebas para defender el buen nombre de un acusado?

Y Leopoldo suspendió su trabajo y se quedó abatido.

—¡Oh! Y por más que busco todos los días ese cuaderno—dijo la anciana, registrando los cajones—, por más que examino todos los papeles, nada encuentro.

—¡Y yo tengo la culpa de que se haya perdido! Bastante me aconsejaba Núñez que lo guardase; pero yo descuidé su aviso, y al perderlo, he envuelto en mi desgracia a Clotilde y a la bondadosa Inés, que, en las líneas de ese manuscrito, trazadas por Ricardo, encontraba, en los recuerdos amorosos que le consagraba, el consuelo a su profunda pena.

—¡Pobre Inés!

—Muy desgraciada, sí; pero constante en su amor como el objeto de mi cariño, que se ha educado bajo sus nobles y generosas máximas.

—Sí; Clotilde te ha dado y continúa dándote palpitanes pruebas de un amor inextinguible y puro.

—¡Ah! Clotilde es un ángel a quien tratan de unirla con

un demonio que el mismo infierno salvó de la muerte por no verse obligado a recibirle en su seno.

—O a quien el cielo ha querido conservar la vida para que se arrepienta y nos devuelva la honra y la felicidad.

—Dios lo quiera, madre mía; pero yo no espero de Duval ese arrepentimiento.

—Y ¿esperas que don Emilio cambie de resolución con las palabras que le haya dicho Núñez?

—Tampoco, madre mía—exclamó con tristeza Leopoldo—. Yo nada espero, ni del uno ni del otro; pero en el corazón del protector de Clotilde se abrigan hidalgos y tiernos sentimientos que desconoce Duval; y si Dios tocase ese corazón, y le hiciese conocer mi inocencia por los labios de mi leal amigo Núñez, tal vez terminarían mis penas.

—Así lo creo yo también.

—¡Ah!... ¡Con cuánta impaciencia espero la vuelta de Núñez!... ¿Qué habrá sucedido? ¿Habrá convencido a don Emilio? ¿Tenía él tanta confianza en conseguirlo!...

—Sí; te aprecia mucho; se interesa en tu ventura; conoce la inocencia de tu desventurado padre, y cree fácil persuadir a los demás, de lo que él siente.

—¡Es verdad!... Y mientras se ocupa de mi defensa, el infeliz siente destrozado su corazón por penas no menos terribles que las que a mí me abruman. ¡Oh!, sí; cuánto hubiera yo celebrado que en vez de haber encontrado en la hermosa Soledad la semejanza de la mujer que ama, hubiera hallado en ella misma el objeto de su amor.

—Sí; y yo también me hubiera alegrado de ese encuentro, porque Soledad es una joven de finas maneras, de elevadas ideas y de nobles sentimientos, que hubiera hecho la felicidad de Núñez, como éste hubiera labrado la suya.

—Y yo he hecho lo posible, porque, supuesta esta semejanza, casi idéntica, que, según él, existe entre Soledad y Adela, busque en aquélla la felicidad que no pudo encontrar en ésta; pero en vez de hacer caso de mis consejos, ni siquiera se atreve a pasar por la calle en que vive nuestra antigua vecina Soledad, para no verse asaltado de alguna idea de infidelidad hacia la mujer que debió unirse a él.

—Esa lealtad y constancia le honran; pero oigo pasos en el corredor de alguno que se acerca, y do ser él.

—¡El!... ¡Oh!... ¡Veamos qué ha pasado con don Emilio!

Y Leopoldo dejó su paleta y sus pinceles, y se dirigió lleno de inquietud a la puerta, cuando Núñez entraba por ella, triste y abatido.



Leopoldo comprendió lo que aquella tristeza significaba, y se quedó con los brazos caídos hacia adelante, entrelazadas las manos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, quieto y abatido.

Su amorosa madre leyó lo que pasaba en su corazón, y le envió una de esas miradas compasivas, llenas de ternura y de sentimiento, que son el idioma mudo, pero elocuente del alma.

Núñez, que, como hemos dicho, había entrado revelando en su semblante la tristeza y el pesar, se dirigió sin pronunciar una palabra hacia la mesa en que se hallaban en desorden la caja de pinturas, la paleta y los pinceles; se arrojó sobre una silla que estaba junto a ella, y llevando la mano a la frente, exclamó con acento terrible:

—¡Oh!... ¡No hay justicia para la virtud, sobre la tierra!

—Habéis sufrido un desengaño, ¿no es verdad, amigo mío?—dijo Leopoldo, con profundo sentimiento, acercándose a Núñez.

—¡Oh!... ¡Me lo esperaba!

—No bien le dije que iba a hablarle de usted, a manifestar su inocencia, cuando me prohibió que tratase de este asunto; y cuando, a pesar de su mandato, me atreví a indicarle que era una columna vil la del rapto intentado por usted con Clotilde, se levantó airado; dijo que el hecho de haberse hallado usted en el jardín era una prueba palpante, y se retiró sin que me escuchase.

—¿Es decir, que ignora que usted conoce al falsificador de las libranzas y la existencia del cuaderno encontrado por usted, y vuelto a perder, por desgracia?

—Sí, todo lo ignora, porque se alejó sin quererme oír.

—¡Ah!... ¡Soy muy desgraciado!—exclamó Leopoldo, escondiendo el rostro entre sus manos.

La anciana, que se había quedado en un extremo del cuarto, miró a su hijo tristemente.

—Pero, ¿qué importa—dijo Núñez, levantándose—que Duval haya inclinado contra usted el corazón de don Emilio, si el de Clotilde es de usted y le defiende?

—¿El de Clotilde? ¿La ha visto usted, por fortuna?—preguntó con ansiedad Leopoldo, levantando la cabeza y fijando los ojos en su amigo.

—No sólo la he visto, sino que traigo a usted un presente de ella.

Leopoldo corrió hacia Núñez henchido de alegría.

—¡Ah!... ¿Y qué prenda es esa? Decídmelo, decídmelo, por Dios.

—Es un lazo que debe entrañar algún juramento de amor.

—¡Un lazo!... Démelo usted para que sepa lo que debo esperar.

Núñez sacó del bolsillo una cajita y se la entregó a Leopoldo.

Este la abrió con ansiedad, fijó los ojos en el objeto que iba dentro, brilló en su rostro la alegría más intensa, y exclamó:

—Es el mismo que adornaba su pecho en San Angel el día en que pasé por enfrente de su balcón; sí, el mismo, hecho de cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla, graciosamente entrelazadas. ¡Miradlo, miradlo, madre mía!

La anciana se acercó a su adorado hijo.

—¿Lo ve usted?—añadió el joven pintor, besando con delirio el lazo—. ¡Ah!... ¡Ella me ama, sí, me ama!... En él me dice: «Os amo, os adoro con amor puro, y os amaré hasta el sepulcro si me queréis».

—¡Oh!... Bendita sea esa joven que le devuelve la alegría y la felicidad a mi querido hijo—exclamó la anciana, levantando sus ojos hacia el cielo.

—Sí, bendita sea, madre mía. ¡Qué me importan la perfidia de Duval y la ceguedad de don Emilio, si Clotilde me jura en este lazo que me adora y me amará hasta el sepulcro! ¡Ah! ¡Estoy loco de contento! Pero es preciso que mi alegría no prive a mis amigos del placer que anhelan. Rafael espera con impaciencia el retrato de la mujer que arrancaron de su lado, y es preciso enviárselo al momento.

—Sí, envíaselo, hijo mío, envíaselo, porque será un bálsamo para su herido corazón.

—¡Oh! Ya que Dios me envía un consuelo a mis penas por medio de un amigo, llevo yo también a otro el mismo bien en su dolor.

Y Leopoldo se acercó al cuadro y lo quitó del caballete para enviarlo.

—¿Le parece a usted bien, señor Núñez, el retrato?—le preguntó Leopoldo.

—Es una obra acabada, y Rafael va a recibir una sorpresa agradable.

—¡Pobre Rafael!

—Pobre como todos los hombres de nobles sentimientos como usted, a quien tratan de robarle su felicidad; como yo, a quien se la robaron hace mucho tiempo.

—¡Es verdad!—exclamó Leopoldo, con profunda tristeza—. Pero este lazo recibido del sér que idolatro me devuel-



ve la esperanza de una próxima felicidad, y mi corazón me anuncia que la de usted, así como la de Rafael, no retardarán.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

—Pero enviemos a nuestro amigo este retrato, que le colmará de ventura.

—Voy adentro para que venga el criado y lo lleve—dijo la anciana, y se alejó contenta de ver la alegría de su querido hijo.

—¡Ah! ¡Qué consuelo vierte en el alma la seguridad de ser amado!—exclamó Leopoldo, mirando el lazo enviado por Clotilde—. Hace un instante estaba inquieto, afligido; ahora me creo el más venturoso de los hombres, y sólo me aflige la suerte de Rafael y la de usted, amigo mío.

—¡La mía no tiene ya remedio!—dijo tristemente Núñez—. Cada día es más amarga y terrible; sí, más amarga y terrible, porque cada vez que me encuentro en la calle con esa Soledad, que reúne sus mismos hechizos, su misma gracia y su misma dulzura en su angélico semblante y en sus serenos ojos, se despiertan más vivos mis recuerdos hacia mi hermosa Adela, y comprendo más y más el inapreciable tesoro que he perdido.

—Pues qué, ¿ha vuelto usted a encontrar a Soledad?

—Hace un instante; cuando venía hacia aquí. Iba en el coche de don Felipe Flan; ¡y tan hermosa!... ¡Ah!... ¡Y ella me miró!... Reconoció en mí al hombre que la siguió el Jueves Santo hasta su casa, y que después no ha vuelto a pasar ni por su calle. ¡Oh! ¡Qué idea tan baja debe haber formado de mí!...

Y Núñez quedó meditabundo.

Leopoldo se acercó a él, y le dijo:

—¿No reconoce ese sentimiento de que forme un concepto desfavorable de usted una causa más profunda que el de pasar a sus ojos por ligero?

—¿Qué quiere usted decir, amigo mío?

—¿No siente usted hacia esa joven nada de lo que sentía usted hacia Adela?... ¿No se siente usted inclinado a amarla?

—¡Ah!...—contestó Núñez, conmovido—. Muchas veces me he hecho yo mismo esa pregunta... Pero no; yo no amo más que a Adela; yo no puedo amar a otra, no debo, no quiero amar a quien no sea ella.

Y se quedó abatido.

El criado entró en aquel momento.

Leopoldo le entregó el retrato que acababa de quitar del

caballete, y le ordenó que lo llevase inmediatamente a casa de Rafael.

El criado obedeció, y se fué.

Leopoldo miró el lazo enviado por Clotilde.

Lo besó con ardiente afán.

Guardó la caja en el bolsillo de su levita junto al corazón.

Miró con tierna compasión a Núñez, que permanecía quieto y con la cabeza caída sobre el pecho, en medio de la pieza.

Se acercó a él.

Le estrechó la mano, manifestando el interés que por él tomaba.

Se apoyó en su brazo, y luego, conduciéndole hacia la puerta, le dijo:

—Vamos a casa de Rafael, amigo mío, y busquemos los medios de poner término a los padecimientos. Adela y la hermosa Luz parecerán, lo espero, como espero que Clotilde será mía, a pesar de los obstáculos.

Y Núñez se dejó conducir por su amigo, sin pronunciar una palabra.

Poco después se dirigían a la casa de Rafael.

## CAPITULO V

### La meditación

Es la misma noche en que dejamos al esposo de la afligida Elisa preparándose para ir a jugar a la feria de Tlalpan, y pocas horas después de que vimos salir a Leopoldo y a Núñez hacia la casa de su amigo Rafael.

Una transparente vela de esperma, en un brillante candelero de plata, iluminaba un gabinete amueblado con lujo y exquisito gusto. Un magnífico espejo con preciosa luna de Venecia descansaba sobre una mesa de madera de rosa, de un trabajo delicado; un confidente y sillas de la misma exquisita madera, con asiento de damasco de seda azul, con flores blancas, formaban agradable consonancia con el rico empapelado de las paredes que imitaba un realzado terciopelo, matizado de primorosos colores; bellísimos grabados